

ANUNCIACION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Creavit Dominus novum.
El Señor ha hecho una cosa nueva.
(JER. XXXI, 22.)

Cuando se han visto los portentos de la creacion, desde el insecto que se arrastra por el polvo hasta el águila que hiende las nubes; desde el grano de arena de la orilla que resiste las furias de invasoras mareas, hasta el sol, que derramando á su alrededor torrentes de luz abarca todo el horizonte; cuando se han visto los prodigios de la mano omnipotente, que con accion luminosísima superior á todo poder finito dividen el Jordán, trasladan á otro punto al profeta Elias en un carro de fuego, llenan de terror las llanuras de Egipto, y protegen de mil maneras al pueblo de Israel; cuando se han visto los símbolos que, en la admirable economía de la Providencia del eterno consejo, prometiendo un Salvador, preparaban los entendimientos y los corazones para recibir el grande cumplimiento de las diversas misericordias; cuando, en fin, se ha visto todo esto; ¿qué otra cosa puede verse más? ¿qué otra nueva cosa podría maravillarnos?

Sin embargo, unos cincuenta años despues de la éra de los antiguos profetas, apareció otro, llamado el Profeta de los gemidos y del dolor, que anunció nuevos señales y más extraordinarios sucesos. En efecto; Jeremías, ante cuyas miradas el Señor abría lo futuro, hablando de hechos fuera del alcance de toda humana inteligencia, cuyo pleno cumplimiento no podía tardar en manifestarse, decía: El Señor ha hecho una cosa nueva: *creavit Dominus novum*. Ahora bien; ¿cuál podía ser esta cosa nueva, despues de tantas otras estupendísimas, que, de vez en cuando, habían manifestado solemnemente la omnipotencia divina? ¿Qué novedad podía ser esta, despues de tantas otras novedades como se habían admirado de varias maneras, y con

creciente conmocion de ánimos en el aire, en el agua, en el fuego, en el cielo, en la tierra y en los abismos?

Tengo motivos, hermanos míos, para decir, que Jeremías, con las citadas palabras, se refería al misterio de este día. Hoy, en verdad, ocurren acontecimientos nuevos, y en el drama divino, que se enlaza y cumple en un humilde aposento de Nazareth, todo es nuevo. Aquí Dios ordena, habla el Arcángel, la Virgen dá su consentimiento, el Verbo toma carne humana, María por obra del Espíritu Santo, que la cubre con su sombra, concibe á Aquel, que deberá ocupar el trono de David, reinar en la casa de Jacob, y reinar por toda la eternidad. Hé ahí el espectáculo que se ofrece á los atónitos ojos del extático profeta; hé ahí el por qué, no encontrando palabras adecuadas para expresarlo, exclamó: El Señor ha hecho una cosa nueva: *Creavit Dominus novum*. Pues bien, amados hermanos, meditemos también nosotros esta novedad, ó para expresarme mejor, esta reunion prodigiosísima de sorprendentes novedades, ya que ningun otro asunto más digno podría ocupar nuestra atencion en el día consagrado á la gloriosa Anunciacion de María. Saludémosla ántes con el arcángel: A. M.

Corrían unos cuarenta siglos desde el día infausto, en que las nieblas de la culpa principiaron á amontonarse sobre los hijos de los hombres. Proscritos del Cielo y errantes sobre la haz de la tierra, los descendientes de Adán, en guerra unos contra otros y con las demás criaturas, yacían en el oprobio. Iban trascurriendo los años, y no aparecía aún aquella luz benéfica, que debía desvanecer piadosamente la oscura niebla en que estaba envuelta la familia humana. La promesa de la restauracion, hecha en el principio del mundo, llevada como de la mano y confirmada continuamente por los profetas de Israel, no se verificaba; y al cabo de cuatro mil años no habían cesado los suspiros que solicitaban la deseada estacion, en que la bella hija de Sion debía trocar en gozo de la esperada libertad lo horroroso de sus antiguas cadenas. Pero, al fin, ha llegado el tiempo prometido, ha brillado el suspirado día, y van á empezar cosas nuevas.

El Profeta dijo: que los Cielos cantan las alabanzas de Dios, y que el firmamento anuncia la obra de sus manos (1). Ya no bastan, empero, estos pregoneros, cuando llega el día de la anunciacion de María. Es necesario otro enviado, se manda otro mensajero. No os figureis, hermanos míos, que fuese éste uno de aquellos que anunciaban en los antiguos tiempos la voluntad de Dios á los pueblos y á los

(1) PSALM. XVIII, 2.

poderosos de la tierra, ó alguno de aquellos Patriarcas que alcanzaron tanta celebridad, y con los cuales el mismo Dios solía conversar amigablemente. No, esto no basta. En el día de la anunciacion de María deben verificarse prodigios nuevos bajo todos conceptos, y estas novedades se notan tambien en el mensajero que debe anunciarlas.

Y en efecto; este nuncio no es un hombre, es un arcángel. Cierto que no es una cosa nueva ver á uno de los espíritus celestiales descender del Cielo á la tierra. Dios, que es primera luz en sí mismo, para iluminarnos se sirve del ministerio de los ángeles, como de ellos se sirve tambien para librarnos de los enemigos y colmarnos de sus gracias; pero la novedad no está en la consideracion de que sea enviado un arcángel, sinó en el arcángel que se manda. No, no es un ángel de los coros inferiores, ni ninguno de aquellos á quienes está encomendado el oficio de custodiar y defender al hombre. Cuando, en otra ocasion, se trató de combatir la apostasia del terrible Lucífer, se puso en mano de Miguel la ardiente espada de la divina justicia; otra vez, cuando se trató de guiar los pasos del hijo de Tobías y librar una mujer de las asechanzas del demonio, se confía á Rafael el tesoro de la divina Providencia; pero hoy no es Miguel el enviado; hoy no es Rafael el mensajero: es uno de los sumos príncipes, es uno de los primeros coros, es Gabriel. Brilla en su majestad altísima, ante la cual queda eclipsada toda otra grandeza, se lee en sus ojos el secreto del augusto mensaje que trae; y como que no vá armado con los rayos de la indignacion divina, ni blande en su diestra la espada de la cólera celestial, es claro que viene á anunciar las celestiales misericordias: es el ángel del perdon y de la paz.

Desciende Gabriel de las altas esferas; ¿y extiende acaso sus alas hácia Atenas, ciudad ilustre por la doctrina, ó hácia Roma, ciudad célebre por su imperio? Nó; penetra en una humilde casa de Nazareth; acostumbrado á cantar en el Cielo las alabanzas eternas de Dios, dirige sus palabras á una humilde virgen, que vive de la labor diaria de sus manos. Pero, ¿quién es esta sublime hija de reyes, que atrae las complacencias del supremo Rey de la gloria? ¿Quién es esta escogida de entre mil, esta maravilla de su sexo, esta... Inclínad vuestra cabeza, oh monarcas; postraos, oh grandes del mundo; príncipes, pueblos, naciones, besad la tierra. Bájense los ojos; inclínese la frente; dóblense las rodillas; y cuantos esteis inclinados y reverentes venerad á esta Virgen, ya que esta Virgen es María.

No creais, hermanos míos, que haya dicho nada fuera de propó-

sito con esas palabras, pues, observo que el mismo arcángel Gabriel se inclina ante María, la venera y la honra; y hé ahí una sorprendente novedad. En efecto; no se lee jamás en el transcurso de cuarenta siglos, que los ángeles, en tantas de sus apariciones, se mostrasen reverentes á los hombres, por eminentes que fuesen en santidad, como los Moisés, los Jacob y los Daniel. Inmensamente superiores á los hombres, siendo por su naturaleza puros espíritus, y por su familiaridad con Dios, ministros asistentes á su trono; por la piedad de la gracia poseedores de la gloria, no se inclinaban en presencia de aquellos cuyo espíritu estaba unido á vil barro, y que miserables moradores de un valle de lágrimas apénas osaban elevar la mirada al Cielo. Nunca se había visto que los ángeles prestasen obsequios á los hombres, ni hubiera podido verse jamás esto, si ántes no se hubiese hallado en el humano linaje quién fuese superior á ellos por las mismas enumeradas prerogativas. Ahora bien; lo que no había acaecido desde el principio de la creacion, lo que no se había observado en el espacio de cuarenta siglos, acontece en la casa de Nazareth. Gabriel reconoce que María le sobrepuja en grandeza, en categoría y en excelencia. Por eso se postra ante Ella, se inclina á su presencia; y en estos sus obsequios notamos una cosa nueva, una cosa jamás acontecida en todos los tiempos.

Y una cosa nueva, una cosa jamás acaecida en todos los siglos, observamos, igualmente, en las primeras palabras dirigidas por el arcángel á María. Dios te salve, la dijo, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres. ¿Y á quien había sido dirigida jamás una salutacion de esta naturaleza? ¿Quién ha merecido jamás un elogio tan sublime? Fué como si Gabriel hubiera dicho á María: recibieron la gracia los ángeles y los hombres; pero, mientras que los hombres y los ángeles la recibieron con cierta proporcion y cierta medida, Tú sola la posees en toda su plenitud. La gracia ha iluminado tu mente, consagrado tu corazon, santificado tu espíritu, elevado al Cielo tus pensamientos y purificado tus afectos; te ha hecho sumamente grata á Dios y absolutamente bendita. ¿No es verdad que todo es grande en esas palabras, que todo es inefable y superior á vuestro entendimiento? ¡Ah, sí! á ningun mortal había sido dirigida hasta entónces una salutacion tan magnífica; este homenaje reverente de un príncipe celestial, esta alabanza ante la cual se desvanecen todas las alabanzas más sorprendentes, y este glorioso testimonio de la amistad de Dios, encierra un misterio novísimo, un novísimo acontecimiento.

Sin embargo, hermanos míos, es tal la novedad de este misterio, es tan grande lo extraordinario de este acontecimiento, que todavía se le agrega otro aún más extraordinario y más nuevo. En efecto; el Arcángel prosigue diciendo: Tú concebirás y parirás un Hijo, que será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor dará el trono de David, y reinará en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin. Hé ahí, pues, un hecho novísimo, el de que una criatura dé una segunda vida al Criador; hé ahí un hecho extraordinario, el de que el Verbo eterno, autor y hacedor de todo, descienda, tome carne humana y nazca de la sangre de una virgen. De esta suerte, María encerrará en su seno á Aquel, cuya inmensa grandeza no cabe en los Cielos; será la madre de Aquel, que existía antes que Ella, y que reposaba, desde los siglos eternos, entre los esplendores de su propia inmensidad; adquirirá legítimos derechos sobre Aquel, cuya inmensa grandeza no cabe en los Cielos; será la madre de Aquel, que es el principio de toda santidad, y en cuya presencia no son enteramente puros los mismos ángeles, ni los mismos serafines. No me habéis ahora de otras mujeres, que adquirieron mucha fama por su maternidad; por más que dieran al mundo algun ilustre Patriarca, ó consolasen á las naciones con algun esclarecido Profeta, ó, en fin, contáran entre sus hijos á alguno que en méritos, en virtud, en saber y en acciones ilustres se grangeára muchísima estimación entre los hombres. Porque, ¿qué parangón podría establecerse entre las mujeres más ilustres y María? ¿Qué semejanza podría notarse entre María y las madres más eminentes?

María, no es solamente única porque su hijo es Dios; es también única porque solo Ella es madre sin dejar de ser virgen. En tí descenderá el Espíritu Santo, la dice el Arcángel, te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo, tú concebirás y parirás al Hijo del supremo Señor del Cielo y de la tierra, el Hijo eterno de Dios. Con cuyas frases indicaba claramente, que Ella sería madre sin menoscabo de su virginidad. Si; á la manera que Adán nació de tierra virgen, también Cristo nació de virgen madre; así como el materno suelo de aquél no había sido removido por el arado, tampoco el seno materno de éste fué violado por la concupiscencia; y de la propia suerte que Adán fué formado de tierra por las manos mismas de Dios, así Cristo fué formado por el Espíritu Santo en las entrañas purísimas de María. Del mismo modo que la vara de Aaron, sin estar arraigada en el suelo, sin riego ni cultivo, ni chupar el jugo de la tierra, y de las raíces, floreció y produjo fruto contra todas las leyes de la natura-

leza; así María, permaneciendo inmaculada y hecha fecunda por un milagro de la divina diestra omnipotente, dió á luz á su Hijo. Así como la estrella envía sus rayos sin propio daño, así también la Virgen sin daño propio parió al Hijo; y así como el rayo no disminuye la claridad de la estrella, tampoco el Hijo menoscabó la integridad de la Madre; y del propio modo que la luz penetra el cristal sin romperlo, antes bien haciéndolo más claro y más luminoso, así el Hijo de Dios, hecho Hijo de María, no solo dejó intacto el seno de la Madre, sino que lo ilustró todavía con candor más claro, lo embelleció con luz más bella, lo adornó con rayos más deslumbradores, cual convenia á Aquella que es esplendor increado del Sol divino.

Siendo así, ¿cómo podría dejar de llamarse un hecho extraordinario y novísimo el prodigio de ser á la vez virgen y madre? De extraordinario y novísimo lo calificó San Agustín, quien, lleno de santa y extática admiración, dijo: que el nacer de virgen madre fué tal milagro en Cristo, que no podía esperarse otro mayor de la omnipotencia divina. (1). De extraordinario y novísimo lo graduó el Angélico, pues, no titubea en afirmar, que era el único milagro, con el cual Dios, queriendo hacerse hombre, podía nacer, no conviniendo á Dios otro nacimiento que el nacer de una virgen, ni conviniendo á una virgen otro parto que el de dar á luz un Dios (2). Y vosotros mismos, hermanos míos, considerando que únicamente María entre las madres conserva la flor de la virginidad, y solo Ella entre las vírgenes tiene el fruto de la fecundidad; considerando que de un modo no acostumbrado, con orden insólito y con insólita ley, en una misma persona y en un mismo cuerpo, el pudor de la virgen alterna con el honor de la maternidad, y el honor de la madre alterna con el pudor de la virgen; considerando que en Ella, la virginidad no se opone á la maternidad, ni la maternidad á la virginidad, sino que más bien se dan recíprocamente la mano, se unen y se abrazan de manera que parecen una cosa sola; vosotros mismos, repito, no podéis menos de confesar lo extraordinario y divino de tal prodigio.

No es esto todo, exclama San Buenaventura arrobado en altísima admiración. Es admirable, dice el seráfico Doctor, que haya tanta pureza en María; pero, aún es más admirable que sea á un mismo tiempo madre y virgen; admirabilísimo, que su maternidad sea nada ménos que divina, engendrando un Hijo que es el Hijo de Dios. Mas lo que

(1) S. AUG. ep. ad vol.

(2) S. THOM. p. 3, 2, 28, art. I.

está fuera de nuestros alcances, lo que nosotros no sabríamos imaginar, lo que es todavía más admirable que todo eso, que parece admirabilísimo, es, que esta Virgen, tan grande y sublimada á tanta altura, continúe considerándose como una vil criatura. Y sin duda, así como es extraordinaria y novísima la dignidad á que María se ve elevada, también novísima y extraordinaria es la humildad con que corresponde á esta dignidad extraordinaria y novísima. Se le presenta el Arcángel, saludándola como llena de gracia, amada del Señor, bendita entre las mujeres; y Ella, al oír esta salutación magnífica jamás dirigida á mortal alguno, se turba precisamente por creerse indigna de un elogio tan sublime. Prosigue el Arcángel diciéndola, que no tema, anunciándola su grandeza juntamente con la gloria de Aquel, que deberá ser su Hijo; y Ella se intimida de nuevo, no escudriñando, ni resistiendo, sino exponiendo y recordando el voto de su virginal pureza; siente tan bajamente de sí, que no la conmueven los mismos honores divinos que se la ofrecen. El Arcángel le habla del nuevo milagro que deberá verificarse en sus inmaculadas entrañas, que á Dios nada le es difícil, ni imposible; y Ella, dándose el título de esclava, muestra que dá su consentimiento sin salirse de los sentimientos de la más profunda humildad, y que acepta la incomparable dignidad, á que el Señor la eleva, con incomparable sumisión.

Mas, para comprender aquí cuanta fuese la humildad de María, sería preciso figurarnos el espectáculo que se le ofreció á la vista con las palabras de Gabriel. ¿Qué vió entonces? Vió que pasaba á ser madre, no de un rey del mundo, no de un profeta, ni de un patriarca ni de un caudillo cualquiera de Israel, sino del mismo Dios de los patriarcas y de los profetas, del mismo eterno gobernador del Cielo y de la tierra, y, por consiguiente, elevada á tanta altura, que dejaba atrás á los hombres y á los ángeles. Vió, que hecha Madre del Hijo de Dios, adquiriría verdaderos y propios derechos de dominio sobre la misma persona del divino Verbo, el cual pasando á ser hijo suyo, se sometía á la potestad de la misma. Vió que, llamada para ser madre del Redentor, sería acá abajo la corredentora de la perdida generación humana; y allá en el Cielo sentada á la diestra de Jesucristo, coronada de inmortal guirnalda, sería la soberana emperatriz del Universo. Ella vió todo esto, y lo vió con luz clarísima en los dichosos momentos, en que el Arcángel le hablaba de su divina Maternidad. No obstante, á tal conocimiento de su espíritu, á tal revelación de su grandeza, á tal espectáculo de elevación y de gloria, Ella se turba,

dobra las rodillas, inclina la frente, se anonada hasta el polvo; y no descubriendo en sí misma sino pobreza y abyección, se llama esclava. ¡Ah! así como jamás ha habido ni puede imaginarse una dignidad más grande que la propuesta á María, tampoco ha existido ni puede existir humildad más perfecta que la suya.

Empero, hé aquí otra novedad, hermanos míos, puesto que la palabra de María, al mismo tiempo que es humildísima, se nos muestra rica de cierta omnipotencia. Dos veces yo oigo el FIAT; la primera vez, en los labios de Dios, y la segunda en los labios de María. Pronuncia Dios el FIAT, y el cielo, el mar, la tierra y toda la inmensa mole de este mundo visible sale de la nada en un momento. Pronuncia el FIAT María, y en un momento, el Inmenso, el Infinito, el Omnipotente, oculta su majestad, empequeñece su grandeza, toma en Ella forma de niño; de suerte, que Ella, con ser criatura, puede dar una segunda vida al Criador. Y bien; ¿cuál de estos dos FIAT os parece más poderoso? Sin duda que más poderoso que el que sacó de la nada al mundo es el FIAT, que hizo descender á Dios á la nada; más poderoso que el FIAT, que dió ser á las criaturas es el FIAT, que dió nueva existencia al Criador.

Ante estos prodigios, ¿no deberemos, pues, repetir, que sucedieron verdaderamente nuevas cosas en el día de la Anunciación de María? Fué nueva la aparición, la alabanza y la felicitación de uno de los primeros arcángeles; fué nueva la anunciada Maternidad, tratándose de deber ser la Madre de Dios; fué nueva la manera de esta maternidad, porque iba unida á la más cándida virginidad; fué nueva la humildad con que correspondió á esta tan sublime grandeza; y fué nueva la omnipotencia concedida en premio de esta humildad.

No tardemos, pues, en postrarnos ante una Virgen, á cuya presencia se postran hasta los ángeles; no tardemos por más tiempo en venerar á esta Madre, que es la Madre de Dios. Han trascurrido casi dos mil años desde el día en que Gabriel dijo: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres; y desde aquel día, grandes y pequeños, ricos y pobres, sábios é ignorantes, ancianos y jóvenes, rezan: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. El piloto cuando desafía la furia de las olas, el soldado cuando corre los riesgos del campo de batalla, el labrador cuando aguarda abundante cosecha, el desgraciado cuando no tiene quien enjague sus lágrimas, el justo cuando pide la perseverancia, y el pecador cuando aguarda el perdón, han dicho y repiten: Dios

te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. ¿Y qué otras palabras, hermanos míos, podríamos dirigir á la Virgen en este día? ¿Con qué otra invocacion podríamos hoy acudir á Ella? En que otro... ¡Ah! venid, repitamos tambien las palabras que nos ofrece el Evangelio; unamos á éstas las que la Iglesia añade; y cuando sale el sol al medio día y cuando se vá al ocaso, desde el augusto trono del Vaticano hasta el último morador de la tierra, uno sea el grito, una la salutacion: *Ave, Maria*. Digámosla llena de gracia, porque bajo todas las formas y en todo estado y en todo tiempo, poseyó las espirituales riquezas, que los justos más santos y más perfectos tuvieron en determinada medida, encerrando en sí todas las maravillas grandes y antiguas, presentes y futuras: *Gratia plena*. Digámosla que el Señor está con Ella, porque Dios está con María de un modo especial, siendo muy íntima entre Ella y el Padre Eterno, que le dá su Hijo engendrado por Él desde la eternidad en los esplendores de su gloria; entre Ella y el Espíritu Santo, que desciende sobre la misma para obrar el inefable misterio de la Encarnacion; y entre Ella y el divino Verbo que toma en su seno carne humana: *Dominus tecum*. Digámosla que es bendita entre las mujeres, porque, la nueva Eva, oponiéndose á la Eva antigua por la cual nos vino la muerte, nos dió la verdadera vida: *Benedicta tu in mulieribus*.

No obstante, para hacer grato á María nuestro homenaje debemos á sus alabanzas añadir las alabanzas de su Hijo, ya que Jesucristo es siempre principio y fin de sus glorificaciones; y, por consiguiente, despues de haber dicho que Ella es bendita entre todas las mujeres, debemos añadir tambien, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús: *Benedictus fructus ventris tui Jesus*. Habiendo tributado de este modo á la Virgen un culto de veneracion, podemos ofrecerle un culto de invocacion; llamando santa á Aquella, que es toda pura y sin mancha, á la cual Salomon vió salir como la reciente aurora, bella como la luna, escogida como el sol, cuyo candor supera la blancura de los lirios, cuya majestuosa grandeza sobrepuja la elevacion de las palmas de Cades, y cuya hermosura oscurece la belleza de las rosas de Jericó: *Sancta Maria*. Y llamémosla santa, pues tiene un título sumamente glorioso, un título jamás concedido y que jamás podrá concederse á ninguna criatura; un título maravilloso que constituye su grandeza, y nos ofrece á todos pruebas segurísimas de confianza, el título de Madre de su Dios: *Mater Dei*. ¡Ah! sí; muy bien podemos decir á María, que es la Madre de las gracias, la Virgen de los con-

suelos, la Reina de las misericordias, la salud de los enfermos y la salvacion de aquellos cuya causa parece más desesperada; sí; podemos decir á María llenos de confianza, que ruegue por nosotros pecadores: *Ora pro nobis peccatoribus*. *Ruega*, la dice el Sacerdote, y la invoca propicia en las obras del ministerio; *ruega*, repite el niño, y cubierto con el manto de su patrocinio crece en años y en santidad; *ruega*, exclama el jóven, y la encuentra pronta en asistirle para poder triunfar de las pasiones; *ruega*, dice el navegante, y la descubre estrellita del mar cuando más brava se presenta la tempestad; *ruega* el menstrual, y la ve nube de beneficios cuando arrecia el vendabal; *ruega* el pobrecito, y de Ella aguarda en medio de la miseria valiosos socorros de proteccion y de consuelo. Así todos la rueguen, así todos la invoquen, así todos la busquen benéfica y afectuosa en los días de la vida, en el tiempo de las enfermedades y en la hora de la muerte: *Nunc, et in hora mortis nostrae*. Sin duda que María escuchará nuestras súplicas, realizará nuestras esperanzas, nos hará experimentar los caros efectos de su amor maternal; y á nuestras oraciones, haciendo eco el Cielo y la tierra, Amen, responderán, Amen.